

## En Caleb hubo otro espíritu

---

*“Pero a mi siervo Caleb, por cuanto lo ha animado otro espíritu y decidió ir detrás de mí, yo lo haré entrar en la tierra donde estuvo, y su descendencia la tendrá en posesión (Números 14:24).*

1<sup>o</sup>  
abril

El éxodo y la posesión de la tierra prometida habrían podido concluir cuarenta años antes si los doce espías que fueron a la tierra de Canaán hubieran tenido la actitud de Josué y Caleb. De regreso a Cades-Barnea trajeron a la congregación frutos de la tierra; asimismo, hubo dos informes: el de Josué y Caleb y el de los otros diez expedicionarios (Núm. 13:3-14, 38). Estableciendo la correspondencia entre el éxodo y la peregrinación de la Iglesia en este mundo, Elena de White dijo: “Durante cuarenta años, la incredulidad, la murmuración y la rebelión impidieron la entrada del antiguo Israel en la tierra de Canaán. Los mismos pecados han demorado la entrada del moderno Israel en la Canaán celestial. En ninguno de los dos casos faltaron las promesas de Dios” (*El evangelismo*, p. 505).

¿Qué había de diferente en la actitud de Caleb? El primer contraste entre Josué y Caleb y los diez espías fue la incredulidad de unos y la fe de los otros. La incredulidad suponía el olvido de las maravillas que Dios había hecho a favor de Israel (Núm. 14:11), así como una constante ingratitud al Padre celestial (Números 14:3) que fomentaba en el pueblo pesimismo, desesperación, obstinación, críticas contra los líderes y la necia idea de regresar a Egipto (14:1-4). La fe de Josué y Caleb no cerró los ojos a las complejas condiciones del éxodo, tampoco fue irracional ni temeraria, más bien, fue sincera y objetiva. La fe generó valor en lugar de desaliento, absoluta confianza en la Providencia (14:5-9).

El segundo contraste entre los diez espías y Josué y Caleb fue la fidelidad; los primeros no fueron fieles a Dios en sus caminos; Josué y Caleb, por el contrario, anduvieron siempre en pos del Señor (32:11, 12).

El tercer contraste fue la consagración, la abnegación y el espíritu de sacrificio. Nueve veces aparece la palabra “nosotros” en el informe de los diez espías, pero Josué y Caleb se olvidaron de sí mismos y pusieron todo lo que poseían al servicio del pueblo de Dios.

Finalmente, los diez espías y el pueblo que les seguía quisieron apedrear a Josué y Caleb (14:10), su violencia criminal contrastó con el espíritu de solidaridad y unidad que durante cuarenta años manifestaron Josué y Caleb.

Como Josué y Caleb, tú también puedes hoy mostrar una actitud diferente al pesimismo imperante y reconocer a Dios delante de los demás.

2

abril

## Me harán un santuario y habitaré entre ellos

“Me erigirán un santuario, y habitaré en medio de ellos”

(Éxodo 25:8).

El Señor ordenó la construcción de un santuario. ¿Acaso debía ser como el templo de Amón en Karnak con su magnífica sala hipóstila? ¿O tal vez como Deir-el-Bahari, construido por la reina Hatchepsut, la madre adoptiva de Moisés? ¡No! El modelo usado para el santuario israelita del desierto fue “aquel verdadero tabernáculo que levantó el Señor, y no hombre”, “las cosas celestiales” de las que el recinto sagrado israelita no era más que “figura y sombra”. Moisés construyó el santuario “conforme al modelo” que le “fue mostrado en el monte” (Heb. 8:2, 5, 6).

Hace varios años visité Egipto, y recuerdo mi sorpresa, por no decir estupor, cuando el guía nos condujo en el complejo sagrado de Karnak al *sancta sanctorum*, el lugar santísimo del templo, un cubo perfecto donde se rendía culto al dios Min, el dios creador, una pequeña imagen fálica dentro de una especie de sagrario. También vi en los hipogeos pinturas murales de ángeles que, como los querubines del propiciatorio del arca, cubrían los pies con sus alas. Es evidente que el Señor condescendió con alguna contextualización y permitió a Moisés reproducir, a un nivel de sublimación, algo de los templos egipcios.

Aunque la verdadera morada de Dios entre los seres humanos fue la encarnación de Jesucristo (Juan 1:14), el santuario israelita la tipificó: la luz de la *shekinah* entre los dos ángeles del propiciatorio era una representación vívida de la presencia divina; las siete lámparas encendidas del candelabro simbolizaban la luz del Espíritu Santo iluminando al pueblo; los panes de la proposición representaban a Jesús, el Pan de vida; la sangre de las víctimas propiciatorias de los sacrificios y los sacerdotes representaban la sangre de Cristo derramada en la cruz, y a este en su función sacerdotal. El santuario israelita, testimonio viviente de la salvación en el Antiguo Testamento, era una parábola profético-mesiánica magnífica del ministerio de Jesús y de la salvación en el Nuevo Testamento. Por eso, también aquella fiesta singular del Día de la Expiación, con todo su significado escatológico, era una representación del fin, del juicio investigador y del último acto intercesor del Salvador en el cielo antes de su venida.

Mientras tanto, cada creyente somos aquí un santuario, un templo del Espíritu Santo donde rendimos a Dios un culto en espíritu y en verdad, un sacrificio vivo, sagrado y agradable a Dios, llevando a Cristo dentro de nosotros.

¿Te gustaría que el Señor habitara hoy en tu vida? Eso es posible. ¡Ábrele la puerta de tu corazón!

## ¡No pasarás este Jordán!

*“Fue Moisés y le dirigió estas palabras a todo Israel. Les dijo: ‘Ya tengo ciento veinte años de edad y no puedo salir ni entrar. Además de esto, Jehová me ha dicho: No pasarás este Jordán’ ”*  
(Deuteronomio 31:1, 2).

3  
abril

Es propio del ser humano acariciar ilusiones, albergar esperanzas, realizar o iniciar proyectos. Pero no siempre nuestras ilusiones se materializan ni nuestras expectativas llegan a ser realidades. También es característico de la experiencia humana el no ver siempre alcanzadas las metas propuestas; no poder gustar, gozar o vivir aquello por lo que hemos luchado, orado y trabajado. Y así, la vida nos depara a veces decepciones, frustraciones, desencantos que tornan nuestra existencia aparentemente estéril, como si hubiera sido un sueño fatal (un matrimonio fracasado, un empleo perdido, unos estudios truncados, un puesto profesional concedido a otro, no ser reelegidos para una responsabilidad directiva en el servicio a la iglesia). Y para los creyentes que entretejemos a Dios mediante la fe en la trama y urdimbre de nuestros proyectos y anhelos, una tal experiencia es aún más traumática porque puede acarreamos una cierta pérdida de la confianza y seguridad en ese Dios providente al que hemos vinculado en las realizaciones de nuestra vida.

En la vida de Moisés encontramos un ejemplo de esta perpleja situación. Después de cuarenta años de prodigios y maravillas, habiendo sido no solo testigo sino protagonista muy comprometido en aquel largo camino por el desierto, cuando ya se encontraba a orillas del Jordán, cuando iba a finalizar su carrera con el pueblo de Israel, el Señor le dijo: “No pasarás este Jordán”. Aquel Jordán de sus anhelos se convirtió para Moisés en el símbolo de sus esperanzas rotas, de un doloroso y trágico fracaso. Oró al Señor, con fervor, con lágrimas, con abatimiento: “Pase yo, te ruego, y vea aquella tierra buena, que está a la parte allá del Jordán, aquel buen monte y el Líbano” (Deut. 3:25), pero la voz de Dios cortó su plegaria y le dijo expevitivo: “¡Basta!, no me hables más de este asunto” (3:26).

Todos hemos tenido alguna vez un Jordán que Dios no nos ha permitido pasar. Por la fe visualizamos más allá de las realidades temporales que esperábamos en este mundo y vemos nuestro porvenir eterno. Por la fe penetramos el insondable misterio de los planes de Dios, en cuyas manos tenemos encomendadas nuestras vidas. Entonces, la decepción y la frustración desaparecen. La experiencia del creyente la resume el profeta con las animadoras palabras: “El justo por su fe vivirá” (Hab. 2:4).

No te desanimes si las cosas no salen como esperas. Sigue a Jesús. Vas por el camino correcto.

## Un mejor futuro

.....

*“Mientras oraba, la apariencia de su rostro cambió y su vestido se volvió blanco y resplandeciente. Y dos varones hablaban con él, los cuales eran Moisés y Elías. Estos aparecieron rodeados de gloria; y hablaban de su partida, que Jesús iba a cumplir en Jerusalén”*  
(Lucas 9:29-31).

Cuando analizamos las causas por las que el Señor no permitió a Moisés pasar el Jordán nos quedamos sorprendidos de la contundencia con que él responde a los ruegos del líder hebreo. Siete veces repite la misma palabra: “No pasarás este Jordán”. Más bien, correría la misma suerte que la generación que salió de Egipto. ¿Por qué? El pueblo había llegado a Cades y no había agua. Los israelitas reprocharon a su dirigente el haberles sacado de Egipto para morir de sed en el desierto (Núm. 20:4, 5). Dios ordenó a Moisés que, delante de la congregación, hablase a la peña, y esta les daría agua. Sin embargo, él habló al pueblo airadamente y golpeó la peña con su vara dos veces y brotó el agua (vers. 10, 11). Esto no agradó al Señor, que reprendió a Moisés y a Aarón (vers. 12; 27:14).

Los pecados de Moisés habían sido mostrar incredulidad y no haber santificado a Dios delante del pueblo, además de exhibir su abierta rebeldía. Son muy graves, es cierto, porque se trata de pecados de liderazgo. Pero ¿cómo se podía acusar a Moisés de rebeldía o menosprecio del nombre de Dios? Un hombre que hablaba con Dios cara a cara, que había realizado prodigios y señales en su nombre y del que se dice “nunca más se levantó un profeta en Israel como Moisés” (Deut. 34:10). Una sola falta y perdió la esperanza de entrar en la tierra de Canaán. ¿Era esto justo?

A decir verdad, el Señor sí escuchó el ruego reiterado de Moisés, porque sí pasó aquel Jordán. Pero no sucedió como el viejo líder quería, sino como el Señor tenía previsto. Moisés murió allí, pero no permaneció mucho tiempo en aquella tumba como el testimonio de una misión sin concluir, de un fracaso o decepción. Dios lo resucitó con un cuerpo incorruptible. Estuvo presente en el corazón mismo de la tierra de Canaán al lado de Jesús el Hijo de Dios, aquel Ángel de Jehová que le había acompañado en el éxodo por el desierto. Esta fue la respuesta que el Padre celestial dio a las plegarias de Moisés que quería pasar el Jordán.

También tú puedes en este tiempo tener respuesta a tu pequeño Jordán infranqueable. Como Moisés, acepta la voluntad de Dios aunque no la entiendas. Él sabe lo que es mejor para ti.

## Josué, ¡pasa tú este Jordán!

*“Mi siervo Moisés ha muerto. Ahora, pues, levántate y pasa este Jordán, tú y todo este pueblo, hacia la tierra que yo les doy a los hijos de Israel”*

(Josué 1:2).

5

abril

En el plan de Dios, a cada generación le toca responder a una determinada coyuntura histórica. Cada generación tiene que afrontar nuevos retos. Pero Dios tiene hombres y mujeres aptos para enfrentar cada una de estas situaciones. Así como Moisés fue el gran caudillo del éxodo, Josué fue llamado a ser el gran dirigente de la conquista de la tierra prometida. Pasar el Jordán era comenzar una nueva aventura, la última etapa del camino hacia la esperanza. Y el Señor ordenó a Josué: “Levántate y pasa este Jordán”.

¿Pero quién era Josué? Un hijo del desierto de padres esclavos. No era un estadista ni un estratega militar, ¿cómo podría gobernar aquel pueblo de dura cerviz? ¿Cómo organizaría la vida nacional y el culto en la tierra de promisión una vez terminada la conquista? Con temor y temblor pensaba en el paso del Jordán. Por eso el Señor le dijo: “Yo os he entregado, tal como lo dije a Moisés, todos los lugares que pisen las plantas de vuestros pies. [...] como estuve con Moisés, estaré contigo. [...] Mira que te mando que te esfuerces y seas valiente; no temas ni desmayes, porque Jehová, tu Dios, estará contigo dondequiera que vayas” (Jos. 1:3-5, 9).

Animado por estas palabras, Josué se acercó junto con el pueblo de Israel a la orilla del Jordán. Pasaron allí tres días acampados recibiendo instrucciones: debían primero santificarse; luego, el Señor les haría testigos de una intervención providencial. Aunque era el tiempo de la crecida de las aguas y el río estaba desbordado, cuando los sacerdotes, portando el arca del testimonio, introdujeron sus pies en las aguas, estas se detuvieron y pasaron todos en seco. Aquel milagro fue una señal para los israelitas y para los reyes cananeos. Al otro lado del río, cerca de Jericó, Josué tuvo una revelación del Todopoderoso.

Todos tenemos nuestro más corto o más largo éxodo personal, un camino de esperanza donde también hay un Jordán que debemos pasar para conquistar las promesas de Dios. Hoy Dios también nos dice: “Levántate y pasa este Jordán”. ¿Cuál es nuestro Jordán? ¿Qué dificultades tenemos que afrontar hoy en la vida? ¿Hemos recibido el orden del Señor, pero hemos recibido también sus palabras de ánimo y la visión del Todopoderoso? Dios nos asegura que su divina providencia nos permitirá pasar en seco las aguas tumultuosas de nuestro Jordán, como lo hizo con aquel pueblo de gentes indefensas.

¿Qué estás esperando? ¡Es tiempo de avanzar!

## Todo se cumplió

.....

*“No faltó ni una palabra de todas las buenas promesas que Jehová había hecho a la casa de Israel. Todo se cumplió”*  
(Josué 21:45).

En la historia del éxodo hebreo a Canaán encontramos todos los pasos de una verdadera aventura de fe. En primer lugar, la orden divina: “Levántate, pasa este Jordán”. Luego, tenemos el objetivo: conquistar la tierra. No puede faltar la actitud necesaria: “Esfuérzate y sé valiente”. También se menciona el método: “No te apartes ni a diestra ni a siniestra”. Por supuesto, hay una promesa: “Harás prosperar tu camino y todo te saldrá bien”. Finalmente, el cumplimiento de la promesa: “Todo se cumplió”.

Dios había dicho: “Yo os he entregado, tal como lo dije a Moisés, todos los lugares que pisen las plantas de vuestros pies” (Jos. 1:3); “tú repartirás a este pueblo por heredad la tierra que juré dar a sus padres” (Jos. 1:6); “Jehová, tu Dios, estará contigo dondequiera que vayas” (Jos. 1:9). Las ciudades-estado cananeas sucumbieron una tras otra, y los israelitas vieron el cumplimiento de la Palabra del Señor. La expresión “todo se cumplió” es el epílogo de la conquista, el testimonio de la certezas de las promesas divinas.

En la vida de un creyente, lo cotidiano y lo sagrado están entrelazados: la fe en la Providencia, la esperanza, el gozo del discipulado, la lucha con la tentación, el descubrimiento y afirmación del poder divino, la fidelidad; y, por otra parte, las penurias de la vida familiar, lo intrincado de la convivencia, la obligación del trabajo, las insoslayables necesidades materiales, la enfermedad, el temor, el desánimo, la inseguridad. En la vida de un cristiano no se puede disociar lo santo de lo profano, las cosas de Dios y las del mundo. En realidad, involucramos a Dios en todos los actos de la vida.

Pero ¿qué nos enseña la conquista de Canaán con relación a las promesas de Dios? Lo primero, que debemos cooperar con Dios en el cumplimiento de sus promesas. Dios no hará por nosotros aquello que nosotros hemos de hacer. Segundo, que debemos seguir estrictamente lo que Dios nos ordena. Tercero, que Dios no cumplirá sus promesas cuando haya anatema en nuestra vida. Cuarto, que debemos depurar nuestra fe del egoísmo, de la suficiencia propia y de la presunción. Quinto, que debemos perseverar aunque tengamos algún resultado aparentemente negativo. Finalmente, no olvidemos que, sin Dios, una simple telaraña puede parecernos un muro infranqueable, pero junto a él, el obstáculo insalvable se vuelve una nimiedad.

Las antiguas promesas divinas siguen vigentes para ti también. Pide hoy a Dios que cumpla sus propósitos en tu vida.

## ¿Un altar cismático junto al Jordán?

7

abril

*“Toda la congregación de Jehová dice así: ‘¿Qué traición es esta que cometéis contra el Dios de Israel, al apartaros hoy de seguir a Jehová, edificándoos un altar y rebelándoos contra Jehová?’”*

(Josué 22:16).

Las tribus de Rubén, Gad y media tribu de Manasés habían recibido como heredad las tierras de Galaad, al este del Jordán, ricas en pastos. Terminada la conquista, llegó el momento de la despedida. Josué les instó a que guardaran siempre los mandamientos de Dios y anduvieran en sus caminos (Jos. 22:5). Después los bendijo y tomaron su camino.

Pero cuando llegaron a los límites del Jordán, antes de cruzar el río, erigieron un gran altar. La Ley de Dios prohibía el establecimiento de un culto cismático del que el pueblo tenía en Silo. Así que, cuando los israelitas se enteraron de ello, cundió la indignación en el pueblo y decidieron ir a pelear contra los transgresores.

Afortunadamente, los dirigentes más sensatos propusieron que una delegación del pueblo fuese a pedirles una explicación. Cuando llegaron les dijeron: “¿Qué traición es esta que cometéis contra el Dios de Israel, al apartaros hoy de seguir a Jehová, edificándoos un altar y rebelándoos contra Jehová? [...] Si os parece que la tierra que os pertenece es inmunda, pasaos a la tierra que pertenece a Jehová, en la cual está el tabernáculo de Jehová, y habitad entre nosotros...” (Jos. 22:16, 19). Los rubenitas, los gaditas y la media tribu de Manasés escucharon con asombro aquella acusación y les respondieron: “Jehová, Dios de los dioses, Jehová, Dios de los dioses, él sabe y hace saber a Israel: si fue por rebelión o por infidelidad contra Jehová, no nos salves hoy. Si nos hemos edificado altar para apartarnos de Jehová, o para presentar holocaustos u ofrendas [...]. Lo hicimos más bien por temor de que mañana vuestros hijos digan a nuestros hijos: “¿Qué tenéis vosotros que ver con Jehová, el Dios de Israel? Jehová ha puesto por lindero el Jordán entre nosotros y vosotros, hijos de Rubén e hijos de Gad. ¡No tenéis vosotros parte con Jehová!” (vers. 21-29). En realidad, aquel altar era un monumento-testimonio del vínculo nacional y religioso que les unía. La explicación pareció bien a la delegación y cada uno se fue en paz a su territorio.

Una iniciativa imprudente pudo dar lugar a una tragedia. Pero la sabia prudencia de preguntar, la aclaración convincente y la calma oportuna de no reaccionar ante el juicio equivocado, sino de poner a Dios por testigo, evitaron el conflicto y trajeron la paz.

Que Dios te ayude a ser cuidadoso con tus palabras y en la forma que te expresas de los demás.

## Cuando no había rey en Israel

*“En aquellos días no había rey en Israel  
y cada cual hacía lo que bien le parecía”*

(Jueces 17:6).

La brillante y providencial historia de la conquista de Canaán dejó, no obstante, algunas sombras que constituyeron los condicionantes dolorosos de la historia subsiguiente. En sus palabras de despedida, Josué reconoció que Dios había expulsado a naciones grandes y poderosas, pero que quedaba todavía un resto que debían combatir y dominar sin hacer ningún tipo de alianza con ellos (Jos. 23:6-12). Si no lo hacían, les dijo: “Sabed que Jehová, vuestro Dios, no seguirá expulsando ante vosotros a estas naciones, sino que os serán como lazo, trampa y azote para vuestros costados y espinas para vuestros ojos, hasta que desaparezcáis de esta buena tierra que Jehová, vuestro Dios, os ha dado” (Jos. 23:13).

Lamentablemente, después de la muerte de Josué las tribus ya no actuaron como un solo pueblo. Muy pronto, los cananeos descubrieron la debilidad de sus invasores y los dominaron. Así comenzó la triste historia de la época de los jueces, una historia de fragmentación de las fuerzas israelitas, de abandono de la lucha de conquista que quedaba pendiente, de anarquía y, lo que es todavía peor, de idolatría, mezcla con aquellas gentes y pérdida de su fidelidad a la alianza que tenían pactada con Dios. Las palabras de Josué se cumplieron literalmente y aquellos pueblos los subyugaron y atormentaron. Israel suplicaba arrepentido, entonces, el auxilio divino y, de entre aquellos que permanecían todavía fieles a Dios, el Señor suscitó en varias ocasiones un juez o caudillo para liberarlos.

Esta historia de unos trescientos años de duración está salpicada de actos de heroísmo y de providenciales intervenciones del cielo, a la vez que acontecimientos escabrosos en el seno del pueblo hebreo. Está claro, una vez más, que las victorias, triunfos de la fe e intervenciones prodigiosas de Dios no son permanentes. El pueblo de Dios debe mantener su fidelidad y estar en constante estado de vigilancia; de lo contrario, las glorias de ayer pueden convertirse en desastres de hoy. El pecado y la apostasía desagradan al Padre celestial, quien a veces permite que suframos las consecuencias de nuestros propios errores, no como venganza, sino para que volvamos nuestro rostro a él en súplica de perdón y ayuda. De esto, el libro de los Jueces es un testimonio indiscutible y convencido.

Hacer lo que uno quiere no necesariamente es el camino más seguro (Prov. 14:12). Es mejor obedecer a Dios y su Palabra. No lo olvidéis.

## ¡Levántate, porque este es el día!

*“Entonces Débora dijo a Barac: ‘Levántate, porque este es el día en que Jehová ha entregado a Sisara en tus manos: ¿Acaso no ha salido Jehová delante de ti?’”*

(Jueces 4:14).

9

abril

Muchas de las enseñanzas de los relatos bélicos del libro de los Jueces tienen una aplicación espiritual en el trabajo misionero de la iglesia en medio de un mundo hostil, fuertemente armado y pertrechado como aquellos pueblos cananeos que seguían dominando en sus ciudades-estado de las llanuras palestinas. Como entonces, el pueblo de Dios se encuentra a menudo oprimido por agentes de Satanás que le mantienen paralizado, en medio de gentes que deberían estar recibiendo la influencia de nuestra fe y esperanza. Esto es una realidad dolorosa particularmente en los países desarrollados del mundo occidental. En estos territorios, los “carros herrados cananeos”, es decir, las poderosas armas de los enemigos del pueblo de Dios, son la incredulidad, el materialismo, la indiferencia, la frivolidad y la inmoralidad, todas ellas pertenecientes al vigoroso arsenal de la secularización. Hoy es un tiempo en el que la confrontación entre el bien y el mal es un imperativo ineludible para la iglesia.

Pero también hoy, en medio de la crisis general de valores de estos tiempos, Dios ha suscitado una nueva “Débora” que, con sus mensajes proféticos, está levantando el ánimo del amedrentado pueblo de Dios. También hoy hay heroicos soldados, sabios estrategas como Barac, que han movilizado sus valientes para conducirlos a victorias insospechadas en las que la providencia divina desbaratará y anulará las fuerzas del enemigo. Como entonces, la sierva del Señor dijo: “¡Levántate, porque este es el día!”

Levantarse significa, en primer lugar, dejar la postración religiosa, pasar a la acción, resplandecer: “Levántate, resplandece [...]. Porque he aquí que tinieblas cubrirán la tierra y oscuridad las naciones; mas sobre ti amanecerá Jehová y sobre ti será vista su gloria” (Isa. 60:1-3). Levantarse significa adiestrar nuestros ejércitos para la batalla, porque sin armas y sin organización no venceremos. El canto épico de Débora dice que los israelitas habían dejado de blandir la espada, tensar el arco y arrojar la lanza (Juec. 5:8). Levantarse significa comenzar la lucha espiritual, una lucha incruenta, de amor y testimonio, una lucha de fe: “No hay nada que el mundo necesite tanto como la manifestación del amor del Salvador por medio de los seres humanos. Todo el cielo está esperando a los hombres y a las mujeres por medio de los cuales pueda Dios revelar el poder del cristianismo” (*Los hechos de los apóstoles*, p. 479). Esos hombres y mujeres somos nosotros.

¡Obedece al Señor y levántate! Hoy verás la mano de Dios en tu vida.

10  
abril

## Los cielos pelearon contra Sísara

---

*“Desde los cielos pelearon las estrellas, desde sus órbitas pelearon contra Sísara. Los barrió el torrente Cisón, el antiguo torrente, el torrente Cisón. ¡Marcha, alma mía, con poder!”*

(Jueces 5:20, 21).

**B**arac se levantó y respondió al llamamiento de Débora: “Ve, junta a tu gente en el monte Tabor y toma contigo diez mil hombres de la tribu de Neftalí y de la tribu de Zabulón. Yo atraeré hacia ti, hasta el arroyo Cisón, a Sísara, capitán del ejército de Jabín, con sus carros y su ejército, y lo entregaré en tus manos” (Juec. 4:6, 7). Barac movilizó un ejército y se dispuso a pelear. La batalla se dio en uno de los enclaves más estratégicos de toda la geografía de Palestina, cerca del desfiladero del Carmelo, en la llanura de Esdraelón, a los pies de Meguido, un lugar consagrado por la guerra.

Barac no pretendió librar batalla en la llanura, donde los novecientos carros herrados de Sísara eran muy poderosos, así que ascendió con sus hombres la ladera del Tabor para esperar las órdenes de Dios. El río Cisón atraviesa la llanura de Esdraelón llevando poca agua. Los carros de Sísara maniobraban perfectamente en las inmediaciones del monte, pasando y traspasando las escasas aguas del Cisón superior, haciendo alarde de su poder ante los israelitas, pero Débora y Barac no se inquietaban, tan solo esperaban la intervención divina. De pronto, negros nubarrones aparecieron en los cielos que descargaron torrentes de agua sobre la ladera del Tabor y sobre la llanura. El Cisón se desbordó e hizo impracticable el terreno a las máquinas de guerra de Sísara, arrastrando a los carros y caballos que no quedaron atrapados en el barro. Entonces los israelitas, con su caballería ligera, descendieron del Tabor, los rodearon, los desbarataron y los vencieron.

Débora y Barac cantaron después de la batalla: “Desde los cielos pelearon las estrellas, desde sus órbitas pelearon contra Sísara. Los barrió el torrente Cisón”. ¿Cómo son las batallas que libramos por el Señor? ¿Cómo serán las que todavía nos aguardan en estos tiempos difíciles? Sigamos las órdenes del Señor dadas al pueblo a través de su sierva y peleemos unidos, porque no todas las tribus participaron en la batalla (Juec. 5:20, 21). Como dijo Winston Churchill a un opositor: “Somos tan pocos, los enemigos son tantos, nuestra causa es tan grande, que no podemos debilitarnos entre nosotros”. Con la providencia de Dios a nuestro lado “haremos proezas y él hollará a nuestros enemigos” (Sal. 108:13).

Dios quiere usarte hoy como un agente liberador de aquellos que sufren a causa del pecado. Prepárate a ver el poder del cielo de manera directa.

## ¡Ve con esta tu fuerza!

*“Mirándolo Jehová, le dijo: ‘Ve con esta tu fuerza y salvarás a Israel de manos de los madianitas. ¿No te envío yo?’”*

(Jueces 6:14).

11  
abril

**D**urante siete años los amalecitas y madianitas habían oprimido al pueblo de Israel. Robaban sus cosechas, destruían sus viviendas y mataban a sus jóvenes. El empobrecimiento era cada vez mayor. Ellos ni siquiera estaban bien organizados y se veían indefensos ante un ejército bien pertrechado. Desesperados, levantaron su voz a Dios pidiendo su ayuda. Necesitaban un líder. Pero el Señor ya lo tenía visto. Se trataba de Gedeón, quien entonces se preguntaba “cómo se podría hacer para sacudir el yugo opresor de su pueblo” (*Patriarcas y profetas*, p. 530).

La Biblia presenta entonces un diálogo entre el ángel de Jehová y Gedeón (6:11-16) que, en realidad, es el diálogo entre Dios y su pueblo oprimido, una expresión del razonamiento del creyente en momentos de incertidumbre e inseguridad. Además, representa aun la reflexión entre la orden imperativa de Dios y la fe vacilante que trata de eludirla. El punto central de este diálogo se encuentra en el versículo 14, donde encontramos cuatro ideas bien diferenciadas: la interpelación de Dios a Gedeón (“mirándolo Jehová, le dijo”), la orden imperativa (“Salvarás a Israel de la mano de los madianitas”), el descubrimiento de su fuerza (“Ve con esta tu fuerza”) y la promesa (“¿no te envío yo?”).

Dios nunca se desentiende de nuestras luchas íntimas o interrogaciones de fe. Él nos mira porque quiere ser nuestro interlocutor personal. Su respuesta es, muchas veces, una orden imperativa: “¡Ve!” Una especie de latigazo a nuestra voluntad paralizada por la apatía o la impotencia; un estímulo y una promesa para nuestros sentimientos desencantados. “¡Ve con esta tu fuerza!”, nos dice. Pero ¿cuál es nuestra fuerza? Nuestra fuerza reposa en la Palabra de Dios, la espada de dos filos; en el evangelio eterno, potencia de Dios para salvación; en Jesucristo, que es Dios en y con nosotros, en el poder de la gracia que nos rehabilita y transforma, en la bienaventurada esperanza que ilumina el presente y el futuro, y en el Espíritu Santo que nos cualifica y potencia.

Dios te asegura su dirección y ayuda; te dice que él está comprometido contigo, que tus batallas son las tuyas, que él es quien ordena la batalla, quien crea la estrategia a seguir, quien te garantiza la victoria final.

¿Acaso crees que no hay nada que puedas hacer por Dios? No te engañes. Para él, eres un elemento fundamental para proclamar su Palabra en este tiempo. Acepta su llamado y decídete a seguir sus indicaciones.

12  
abril

## Gedeón y sus trescientos

.....

*“Entonces Jehová dijo a Gedeón: ‘Con estos trescientos hombres que lamieron el agua os salvaré y entregaré a los madianitas en tus manos; váyase toda la demás gente cada uno a su lugar’ ”*  
(Jueces 7:7).

Cuando llegó el momento de librar la batalla contra los madianitas, Gedeón recibió la orden de depurar el ejército. Los que tuvieron miedo o los que doblaron sus rodillas para beber agua fueron excluidos, solo quedaron trescientos hombres armados con bocinas y cántaros con teas encendidas en su interior. En medio de la noche, divididos en tres compañías, debían acceder al campamento madianita desde distintas direcciones. Cuando recibieron la indicación, tocaron las bocinas, rompieron los cántaros y sacaron las antorchas, gritando todos a la vez en nombre de Dios y Gedeón. La sorpresa y el alboroto fue grande entre los madianitas, de manera que se mataban unos a otros. Así vencieron trescientos hombres desarmados a diez mil madianitas.

¿Por qué el Señor usó aquellos medios para reducir el contingente de soldados israelitas? El siguiente comentario resulta esclarecedor: “El carácter se prueba a menudo por los medios más sencillos. Los que en un momento de peligro se empeñaban en suplir sus propias necesidades, no eran hombres en los que se podía confiar en una emergencia. [...] Escogió a hombres que no permitieron que sus propias necesidades les hicieran demorar el cumplimiento del deber. [...] El éxito no depende del número. A Dios no le honra tanto el gran número como el carácter de quienes le sirven” (*Patriarcas y profetas*, p. 533).

Gedeón no era un personaje importante, no ocupaba un puesto preeminente en Israel. Era, según él mismo declaró al ángel de Jehová, “el menor en la casa de mi padre”. Pero era un hombre sincero con enorme valor, pues se atrevió a derribar el altar que su familia tenía levantado a Baal. Un hombre humilde dispuesto a no confiar en sí mismo, sino en Dios. Sin armas convencionales, con un restringido ejército, aplicando una estrategia determinada por el Señor, Gedeón y sus trescientos obtuvieron un triunfo impensable.

“Dios no escoge siempre, para su obra, a los hombres de talentos más destacados sino a los que mejor puede utilizar. [...] El Señor puede obrar más eficazmente por medio de los que mejor comprenden su propia insuficiencia, y quieran confiar en él como su jefe y la fuente de su poder” (*ibid.*, p. 595).

¿Te sientes débil e incapaz de vencer? Deja hoy que el Señor fortalezca tu vida.

## Hasta aquí nos ayudó Jehová

---

*“Tomó luego Samuel una piedra, la colocó entre Mizpa y Sen, y le puso por nombre Eben-ezer, porque dijo:*

*‘Hasta aquí nos ayudó Jehová’ ”*

(1 Samuel 7:12).

13  
abril

La opresión filistea sobre los israelitas fue su azote durante muchos años. Lucharon contra ellos Samgar, Sansón, Saúl y David, quien los venció definitivamente. En este episodio aparece Samuel, pero no para dirigir a Israel en una batalla, más bien, su lucha contra los filisteos es espiritual y empieza predicando por las ciudades de Israel: “Si de todo vuestro corazón os volvéis a Jehová, quitad los dioses ajenos y a Astaroth de entre vosotros, y preparad vuestro corazón a Jehová y solo a él servid y os libraré de la mano de los Filisteos” (7:3). Después, reunió una gran asamblea en Mizpa, celebró un ayuno solemne donde el pueblo confesó sus pecados. Entonces, Samuel ofreció sacrificios y, en ese momento, llegó la noticia a la asamblea de que los filisteos venían contra ellos. Los israelitas se llenaron de temor. Aquella reunión no era un consejo de guerra, no había soldados, no llevaban armas, ¿cómo iba a terminar aquel encuentro espiritual? Dios intervino y una tempestad terrible cayó sobre los filisteos destruyendo su ejército “en el mismo campo donde, veinte años antes, las huestes filisteas, habían derrotado a Israel, matado a los sacerdotes y tomado el arca de Dios” (*Patriarcas y profetas*, p. 579).

Para que tan prodigioso acontecimiento no fuera olvidado por los israelitas, Samuel hizo erigir una enorme piedra como monumento recordativo y la llamó Eben-ezer, que quiere decir ‘piedra de ayuda’, declarando delante del pueblo: “Hasta aquí nos ayudó Jehová”. Así fue como los israelitas se vieron libres de las razias filisteas durante toda la administración de Samuel.

El recuerdo de Eben-ezer tampoco puede ser olvidado por la iglesia. Ya sé que hay cientos de instituciones religiosas en el mundo que han tomado este título para identificarse, que hay personas e incluso iglesias que lo utilizan con regularidad. No, el recuerdo al que me refiero es doble, primero que “es hoy muy necesario que la verdadera religión del corazón reviva como sucedió en el antiguo Israel. El arrepentimiento es el primer paso que debe dar todo aquel que quiera volver a Dios. [...] Individualmente debemos humillar nuestras almas ante Dios, y apartar nuestros ídolos” (*ibid.*, p. 578). En segundo lugar, que Dios nos ha estado guiando hasta aquí y nos ha acompañado en toda circunstancia, incluso aun en las aparentes derrotas.

¿Acaso no es un buen momento para que reconozcas que hasta aquí te ha ayudado Dios? Valora tus circunstancias y verás lo bueno que ha sido contigo.

14  
abril

## Una historia de amor, providencia y fe

*“Luego Isaac la trajo a la tienda de su madre,  
Sara, y tomó a Rebeca por mujer y la amó.  
Así se consoló Isaac de la muerte de su madre”  
(Génesis 24:67).*

Abraham era ya muy viejo cuando hizo jurar a su mayordomo, Eliezer, que no tomaría esposa para Isaac de entre las mujeres cananeas, sino entre las de su propia stirpe. Fue así como Eliezer partió a buscar una esposa para el hijo de su amo. El siervo fue al pozo por la tarde, cuando las mujeres salen para llevar agua a sus casas y oró a Dios: “Jehová, Dios de mi señor Abraham, haz, te ruego, que hoy tenga yo un buen encuentro, y ten misericordia de mi señor Abraham” (Gén. 24:12). Entonces, apareció Rebeca, una joven de “aspecto muy hermoso” quien respondió a la prueba: solícita, dio de beber al mayordomo y también a sus camellos. Dios condujo al anciano hacia la hija de un sobrino de Abraham, respondiendo oportunamente sus oraciones.

Elena de White dice: “Si alguna vez se debe buscar en oración la dirección divina, es antes de dar un paso que ha de vincular a dos personas para toda la vida” (*Patriarcas y profetas*, p. 154). Eliezer explicó a los parientes de la joven el motivo de su viaje. Todos reconocieron que Dios había intervenido. Se ofrecieron presentes, y el mayordomo y la familia de Rebeca prepararon los esponsales. ¿Y ella? ¿Acaso no tenía nada que decir? Sus familiares le preguntaron: “¿Irás tú con este varón?” Rebeca respondió afirmativamente. Su respuesta positiva reveló que también ella era una joven de fe: aceptó separarse de los suyos, marchar lejos para encontrarse con su futuro esposo e iniciar con él la maravillosa aventura del matrimonio bajo la dirección de Dios.

Por fin llegaron a Palestina. Rebeca hizo aquel largo viaje en silencio, orando, confiada en Dios. El relato nos cuenta que cuando ya estaban cerca del lugar, Isaac, quien había salido a dar un paseo por el campo, apareció en escena. Por fin, Rebeca e Isaac se encontraron frente a frente. La paciencia, la fe en Dios y la confianza en sus padres había dado fruto: justos formarían una de las parejas más sólidas de la Biblia. Ahora había llegado el momento de entregarse el uno al otro: “Luego Isaac la trajo a la tienda de su madre Sara, y tomó a Rebeca por mujer y la amó. Así se consoló Isaac de la muerte de su madre” (Gén. 24:66).

Dios conoce cuáles son tus necesidades. Quédate hoy con esta promesa: “Deléitate asimismo en Jehová y él te concederá las peticiones de tu corazón” (Sal. 37:4).

## Abraham, Sara y Agar

.....

*“Dijo Sarai a Abram: ‘Ya ves que Jehová me ha hecho estéril; te ruego, pues, que te llegues a mi sierva, y quizá tendré hijos de ella’. Atendió Abram el ruego de Sarai”*  
(Génesis 16:2, 3).

15  
abril

Varios estudios arqueológicos han desmentido en diversas ocasiones la teoría que considera a los patriarcas como figuras étnicas, y no como personajes históricos. Han mostrado que tanto los nombres como sus hechos corresponden a anales, contratos y leyes que existían en la época en que vivieron. Este es el caso con respecto a las relaciones conyugales de Abraham, Sara y Agar, cuya base jurídica es el famoso Código de Hammurabi del Museo del Louvre de París.

Hammurabi fue un rey amorreo del Imperio babilónico que vivió en el siglo XVIII a.C. y reinó entre 1792 y 1750 a.C., coincidiendo con la época patriarcal. A él se atribuye la recopilación y exposición pública de un conjunto de leyes civiles que grabó en una estela de basalto negro de 2,25 metros de altura, compuesta por 39 columnas con 3.624 líneas de escritura cuneiforme. En las secciones 144 a 146, se prescribe: “Si un hombre libre se ha casado con una sacerdotisa y si esta no le ha dado hijos porque es estéril, la esposa podrá dar a su marido, como concubina, a una esclava para que entre en su casa y tenga hijos con ella. Si la esclava tuviere hijos, no podrá igualarse con su señora por ello y si se ensoberbeciere con la dueña, la señora no podrá venderla; la marcará y la tendrá entre sus esclavos”. En otros textos legales de la época se indica que la esclava dará a luz en las rodillas de su dueña y que el hijo que nacerá será hijo de la señora, con todos los derechos sucesorios.

Abraham y Sara se adelantaron a los planes del Señor, dudaron de la posibilidad material de la promesa, les faltó la fe en la Providencia. De modo que, para posibilitar el nacimiento de un heredero, recurrieron a las prácticas legales de su tiempo. Así nació Ismael, el hijo de la esclava; pero, más tarde también nació Isaac, el hijo de la promesa. Dos hijos, dos descendencias, dos pueblos, desde entonces y hasta hoy, rivales y enfrentados en una guerra atávica interminable. ¿Será acaso el resultado inevitable de seguir prácticas y leyes del mundo en lugar de confiar plenamente en Dios y cumplir sus mandamientos? También hoy existen matrimonios autorizados por las leyes humanas que Dios no aprueba. Por eso nunca hay que olvidar que hay un Dios en los cielos.

Decídetes hoy a no vivir una simulación espiritual, sino una genuina vida de fe y confianza en el Padre celestial.

16  
abril

## Yo y mi casa serviremos a Jehová

*“Si mal os parece servir a Jehová, escogeos hoy a quién sirváis; si a los dioses a quienes sirvieron vuestros padres cuando estuvieron al otro lado del río, o a los dioses de los amorreos en cuya tierra habitáis; pero yo y mi casa serviremos a Jehová”*  
(Josué 24:15).

Siempre han sido muy importantes las palabras de despedida, los adioses pronunciados por alguien importante. Hoy quiero meditar en las últimas palabras de Josué dirigidas al pueblo de Israel, cuando la conquista estaba terminada, repartido el territorio e iniciada la vida regular en la tierra prometida, todavía poblada por pueblos cananeos. Los términos finales de sus palabras, recogidas en nuestro texto, son un eco lejano de las del propio Moisés antes de morir: “A los cielos y a la tierra llamo por testigos hoy contra vosotros, de que os he puesto delante la vida y la muerte, la bendición y la maldición; escoge, pues, la vida, para que vivas tú y tu descendencia” (Deut. 30:19). Ambos insisten en el imperativo de la elección entre la fidelidad o la rebeldía, la obediencia o la desobediencia, la bendición o la maldición.

Josué añade algo que me parece significativo: el acuerdo y compromiso asumido por toda su familia. Aunque la fidelidad al Señor y la salvación son cuestiones que incumben al individuo personalmente, nunca la Palabra de Dios ha inhibido, en el proceso de la conversión, a la familia como una unidad solidaria, representativa y garante de sus miembros. En el episodio de la conversión del carcelero de Filipos, Pablo y Silas dieron el mensaje del Señor a este y a todos los de su casa, él y todos los suyos fueron bautizados por haber creído en Dios (Hech. 16:32-34). Nadie fue forzado a aceptar, todos fueron primeramente adoctrinados, pero nadie fue objeto de exclusión, ni siquiera los esclavos.

Josué se declaró guardián de su familia en el compromiso de escoger la fidelidad a Dios. Sabía que esto implicaba educación, instrucción, prevención, amor y autoridad; pero no renunció a ello, lo asumió y proclamó firmemente la adhesión solidaria de su casa a Dios. Los Diez Mandamientos se promulgaron en un contexto social que integraba y responsabilizaba a toda la familia: “Yo soy Jehová, tu Dios, fuerte, celoso, que visito la maldad de los padres sobre los hijos hasta la tercera y cuarta generación de los que me aborrecen, y hago misericordia por millares a los que me aman y guardan mis mandamientos”; además, la observancia del sábado involucra a todos miembros del hogar (Éxo. 20:5, 6, 10).

Resuelve hoy servir a Dios con toda tu familia. Que nada te aparte de este objetivo.

## Cómo hemos de educar a nuestros hijos

“Cuando tus palabras se cumplan, ¿cuál debe ser la manera de vivir del niño y qué debemos hacer con él?”  
(Jueces 13:12).

17  
abril

**M**anoa y su esposa habían clamado repetidas veces a Dios que los liberase de la opresión filistea y Dios les respondió haciéndolos responsables de criar y educar al futuro juez de Israel. La preocupación de aquellos padres por seguir fielmente la orden del Señor es evidente en el relato. Manoa, deseoso de escuchar personalmente al mensajero divino, oró para que el ángel volviera y repitiese la instrucción, luego, le hizo esta pregunta: “¿Cuál debe ser la manera de vivir del niño y qué debemos hacer con él?” Hoy, como en tiempos de Manoa, nuestros hijos deben ser criados bajo el control del cielo porque los hijos son una herencia de Dios (Sal. 127:3).

La respuesta del ángel del Señor fue que madre e hijo debían abstenerse de bebidas alcohólicas y alimentos inmundos porque el niño debía ser consagrado como nazareo desde antes del nacimiento (Juec. 13:7, 14). El nazareato era un voto de consagración a Dios, temporal o vitalicio, para el cumplimiento de una misión. El nazareo no se debía cortar el cabello, no podía acercarse a un cadáver; era como un sacerdote laico. Es evidente que Sansón, siendo adulto, no respetó siempre los votos del nazareato.

La Biblia es todo un programa educativo; en ella Dios nos da instrucciones, consejos, órdenes, nos muestra ejemplos acerca de la crianza de los hijos. El hogar y la escuela son el *alma mater*, el alma que alimenta, el troquel que da forma a la personalidad y el carácter. El *Shemá* que los judíos debían recitar tres veces al día mirando hacia Jerusalén, dice literalmente: “Oye, Israel: Jehová, nuestro Dios, Jehová uno es. Amarás a Jehová, tu Dios, de todo tu corazón, de toda tu alma y con todas tus fuerzas. Estas palabras que yo te mando hoy, estarán sobre tu corazón. Se las repetirás a tus hijos, y les hablarás de ellas estando en tu casa y andando por el camino, al acostarte y cuando te levantes” (Deut. 6:4-7).

Una razón del excelente vínculo familiar que todavía hoy conservan las familias judías se debe al *Shemá*. El profeta Malaquías anunció una reforma especial dentro de la familia adventista, antes de que llegue el día de Jehová grande y terrible (4:5, 6) y Elena de White dedicó 2.500 páginas de sus escritos a la familia cristiana y a la educación de los niños.

Pregunta hoy al Señor cómo puedes ayudar a otros a acercarse a él. Tu servicio es muy importante.

18  
abril

## No remuevas los linderos antiguos que pusieron tus padres

.....

*“Descendió Sansón a Timnat y vio allí a una mujer de las hijas de los filisteos. Regresó entonces y lo contó a su padre y a su madre, diciendo: ‘He visto en Timnat una mujer de las hijas de los filisteos; os ruego que me la toméis por mujer’. Su padre y su madre le dijeron: ‘¿No hay mujer entre las hijas de tus hermanos, ni en todo nuestro pueblo, para que vayas tú a tomar mujer de los filisteos incircuncisos?’ Sansón respondió a su padre: ‘Tómame esta por mujer, porque ella me agrada’ ”*

(Jueces 14:1-3).

Los linderos tuvieron y siguen teniendo una gran importancia. Servían de frontera para marcar el territorio de ciertas localidades y también el límite entre dos campos contiguos. A veces bastaba con hacer un surco dos veces más ancho y plantar una piedra en cada extremidad. Desplazar o suprimir un lindero de una propiedad era y es un delito castigado por las leyes. Pero la inviolabilidad de la heredad recibida de los padres tenía, además, un carácter sagrado. En Israel, desplazar o quitar los linderos del patrimonio paterno era objeto de una maldición: “Maldito el que desplace el límite de su prójimo” (Deut. 27:17).

Pero los linderos pueden tener también una aplicación espiritual. Se trata de los principios morales y espirituales del carácter, el estilo de vida, el comportamiento, un cierto espíritu crítico preventivo de lo que nos rodea, las normas o signos de una pertenencia determinada, entre otros, son linderos que heredamos de nuestros padres y que debemos respetar porque, en algunos casos, fueron marcados con sacrificios, renunciaciones, oposición y sangre.

Sansón, el joven providencial llamado a salvar a su pueblo de la mano de los filisteos, recibió de sus padres una educación esmerada acorde con los principios de los votos del nazareato. El texto bíblico dice que después de nacer, “el niño creció y Jehová lo bendijo. [...] el espíritu de Jehová comenzó a manifestarse en él” (Juec. 13:24, 25). Pero Sansón removió los linderos antiguos colocados por sus padres (Prov. 22:28): frecuentó los centros de diversión de las ciudades filisteas, se dejó llevar por la sensualidad y el capricho temerario, profanó su vínculo sagrado con Dios y frivolisó con el poder de su extraordinaria fuerza. Así comenzó una triste espiral de infidelidades a la herencia paterna que le llevaron a un terrible desastre personal. Lo que no quiso hacer en vida lo tuvo que cumplir en la muerte (Juec. 16:30, 31).

Recuerda que no es bueno despreciar los linderos colocados por quienes nos han precedido. Están ahí porque hay un Dios en los cielos.

## Las lágrimas de Armstrong

---

*“Corona de los viejos son los nietos  
y honra de los hijos son sus padres”  
(Proverbios 17:6).*

19  
abril

Lance Edward Armstrong, nacido en 1971 en Austin (Texas), superviviente de un cáncer, casado y padre de cinco hijos que, desde 1999 hasta 2005, fue siete veces consecutivas ganador del Tour de Francia, Premio Príncipe de Asturias de los Deportes en el 2000 y creador de la Fundación Livestrong contra el cáncer, fue denunciado en junio de 2012 por algunos de sus compañeros de equipo y acusado formalmente de dopaje continuado por la Agencia Antidopaje de Estados Unidos (USADA, por sus siglas en inglés). Esta organización presentó el 10 de octubre del mismo año un informe ante la Unión Ciclista Internacional (UCI) donde acusó a Armstrong de utilizar el sistema más sofisticado, profesionalizado y eficaz de dopaje que el deporte jamás había visto. El 22 de octubre, la UCI hizo efectiva una sanción de por vida desposeyéndole de sus siete Tours y de todos los títulos ganados desde 1998.

El 14 de enero de 2013, en una entrevista con la famosa periodista Oprah Winfrey, Armstrong reconoció que en esos siete títulos había utilizado sustancias prohibidas y se había dopado para mejorar su rendimiento. Dijo también lo siguiente: “Me dopaba por el afán de ganar a cualquier precio. [...] La actitud de ganarlo todo la tomé primero ante el cáncer y la extrapolé después al ciclismo. [...] Ya sé que la gente no me va a creer, pero me gustaría pedir disculpas a tantas personas a la que he hecho daño”. Al llegar a este punto, Armstrong derramó algunas lágrimas. Entonces, la periodista le preguntó la razón por la que ahora confesaba, a lo que él respondió: “Vi a mi hijo mayor, de trece años, cómo me estaba defendiendo ante otras personas, diciendo: ‘No es verdad lo que dicen de mi padre’. Entonces le dije: ‘No me defiendas, hijo, es verdad’”. El ídolo caído reconoció: “El precio que ha pagado mi familia me ha llevado a terminar con este sinsentido”. La entrevista resultó desgarradora, contundente y brutal.

“La honra de los hijos son sus padres”, dijo el sabio. Lance Armstrong, el mejor ciclista del mundo, lo sabía, por eso quiso terminar con aquel camino de falsedad. Ante el mundo había estado negando que se dopaba, pero ante su hijo, un jovencito de trece años, confesó la verdad y derramó lágrimas.

Dios no te abandona cuando le fallas a tus hijos y no alcanzas el ideal como padre o madre. Ahí está el Padre celestial para ayudarte a fortalecer los vínculos con tus hijos.

Recuerda que no puedes obtener el éxito a costa del sacrificio de tu familia.

20  
abril

## ¿El joven Absalón tiene paz?

*“El rey preguntó entonces al etíope: ‘¿El joven Absalón está bien?’ El etíope respondió: ‘Que a los enemigos de mi señor les vaya como a aquel joven, y a todos los que se levanten contra ti para mal’. Entonces el rey se turbó, subió a la sala que estaba encima de la puerta y lloró. Mientras iba subiendo, decía: ‘¡Hijo mío Absalón, hijo mío, hijo mío Absalón! ¡Quién me diera haber muerto en tu lugar, Absalón, hijo mío, hijo mío!’ ”*  
(2 Samuel 18:32, 33).

Pocas veces recordamos a David como padre. Qué gran amor e inquietud sintió por la seguridad de Absalón, aquel hijo rebelde que provocó una guerra civil. El levantamiento en armas de Absalón contra su padre es uno de los cuadros más dramáticos de la historia de David. ¡El más valiente de los guerreros de Israel tuvo que huir llorando perseguido por un hijo rebelde! Antes de la batalla, David ordenó a sus generales: “Tratad benignamente, por amor de mí, al joven Absalón” (2 Sam. 18:5). Pero no fue así. Absalón murió en la batalla a manos de Joab, general en jefe de David. Y es que siempre habrá un Joab, frío, calculador, insensible, justiciero y despiadado que no va a tener en cuenta el dolor que nos causan los problemas de nuestros hijos. Cuando los emisarios llegaron para dar la noticia a David, al rey solo le importaba la vida de su hijo, y cuando supo que había muerto, nada pudo consolarle, de tal modo que “se convirtió aquel día la victoria en luto para todo el pueblo” (2 Sam. 19:2).

¿Tienen paz nuestros hijos? ¿Tienen paz nuestros jóvenes? La verdad es que la juventud adventista es el flanco más vulnerable a los ataques de Satanás contra el pueblo de Dios. En las Lamentaciones de Jeremías, la pérdida de los jóvenes del pueblo es un signo de dolor y ruina: “Ved mi dolor: mis vírgenes y mis jóvenes fueron llevados en cautiverio. [...] mis vírgenes y mis jóvenes han caído a espada” (Lam. 1:18; 2:21). Pero hay esperanza, el ángel del Señor que está hablando a Zacarías, le dice a otro ángel: “Háblale a este joven” (Zac. 2:4), implicando así a la juventud en la restauración mesiánica de Jerusalén. Jesús ama a nuestros hijos, lo sabemos, y la promesa más alentadora que recibimos los padres que, como David, hemos llorado alguna vez por nuestros hijos, es la que nos ofrece Isaías en los mensajes mesiánico-escatológicos de su libro: “El Señor mismo instruirá a todos tus hijos, y grande será su bienestar” (Isa. 54:13, NVI).

Ruega hoy al Señor por los jóvenes de tu iglesia.

## El mayor de los milagros de Jesús

*“Y el que había muerto salió, atadas las manos  
y los pies con vendas, y el rostro envuelto en un sudario.  
Jesús les dijo: ‘Desatadlo y dejadlo ir’ ”*  
(Juan 11:44).

21  
abril

La resurrección de Lázaro es reconocida por Elena de White como “el mayor de los milagros de Cristo”, el cual “llegó a ser la evidencia más positiva de su carácter divino” (*El Deseado de todas las gentes*, pp. 482, 486). Encontramos en este magnífico relato (Juan 11) tres imperativos enfáticos y significativos, dos de ellos dirigidos a la iglesia; el más vehemente, dirigido al difunto. Estas órdenes tienen que ver con el regreso a la vida espiritual de quienes han muerto también al evangelio, con su restitución en la familia y en la iglesia:

- “*Quitad la piedra*”. Si bien es cierto que Cristo es el único que les puede devolver la vida, ha de contar con nuestra colaboración para preparar su acción. Esa piedra que mantiene a un buen número de creyentes en el sepulcro es la de creer que ya nada se puede hacer por ellos; es la piedra de nuestro desprecio o condena; es la piedra de nuestra indiferencia o intolerancia; puede ser la piedra de nuestro orgullo que no está dispuesto a ir en su busca.
- “*¡Lázaro, ven fuera!*” Los que hoy viven alejados de la iglesia no son extraños a la voz de Cristo. Conservan la semilla de la vida porque fueron amigos de Jesús. Es necesario simplemente que despierten al oír el clamor de su voz. El mismo poder que en la resurrección del día postrero penetrará el mundo del silencio, puede irrumpir hoy en el mundo del silencio de los muertos espirituales. Y el grito del Príncipe de la vida que hizo eco en el espíritu dormido de Lázaro puede hacerlo en el de tu amigo, tu hermano, tu hijo, mi hijo y sacarlos de la tumba.
- “*Desatadlo y dejadlo ir*”. Cristo les ha devuelto la vida, han salido del sepulcro, pero todavía llevan el sudario y las vendas de los difuntos. Son las reminiscencias de su estancia en el mundo: el aspecto, las costumbres, una voluntad débil, vulnerable, amistades... de todo esto hemos de ayudarles a desprenderse. Es una obra de amor, de comprensión, de paciencia. Dejadles ir, no les pongáis en cuarentena, no les señaléis con el dedo porque estuvieron con los muertos. Son ahora, como Lázaro, ¡vivos rescatados de entre los muertos!

Dios puede hoy renovar tu vida espiritual, levantarte del letargo en que te encuentras y reavivar tus anhelos misioneros.

## “Pastor, usted me casará”

---

*“Instruye al niño en su camino,  
y ni aun de viejo se apartará de él”*  
(Proverbios 22:6).

En el Colegio Adventista de Sagunto teníamos una hermosa tradición. Cada final de curso celebrábamos una ceremonia bautismal al aire libre en el baptisterio exterior excavado en la roca, entre pinos y algarrobos, rodeados de la aromática flora mediterránea: tomillo, romero y lavanda. En ese importante evento del programa de clausura, varios alumnos hacían su pacto solemne con el Señor.

Aquel fin de curso de 1983, el grupo era numeroso. Cristinita, una jovencita de once años, fue una de ellas. Era la hija de unos empleados del colegio y me había pedido insistentemente que yo la bautizara. Era una niña alegre, espontánea, vivaz, inteligente y piadosa. Al salir de las aguas bautismales, con su túnica completamente mojada y sus cabellos negros cayendo sobre su espalda, Cristinita emocionada por lo que acababa de hacer, me miró con una carita de inocencia que expresaba una inmensa felicidad, y dibujando una sonrisa, me dijo con cierta candidez no carente de firmeza: “Pastor, usted me casará”.

Transcurrieron dieciséis años y Cristinita se hizo una mujer. Había terminado los estudios universitarios y ejercía como maestra en una escuela pública de la ciudad. En la iglesia local era una miembro activa y responsable. Allí conoció a Gerson, un joven adventista de la Iglesia de Barcelona, con el que inició un noviazgo que les llevó al compromiso matrimonial. Una mañana de enero de 1999, el teléfono sonó en mi despacho de Berna (Suiza) y una voz femenina me dijo en español: “Pastor, soy Cristina, me caso”. Y la casé, en el mismo lugar donde había sellado un pacto de fidelidad con el Señor; allí, sus familiares, amigos, hermanos y el pastor que la bautizó, fuimos testigos de sus votos de amor y de su sagrado compromiso matrimonial delante de Dios, el Dios de su niñez y juventud.

El versículo de hoy es una orden divina acompañada de una animadora promesa. La educación cristiana en el hogar, la iglesia y la escuela durante los primeros años de la vida deja huellas imborrables en el alma de nuestros niños y jóvenes. Una bendición especial del Señor acompaña y prospera la obra redentora que realizan padres y educadores y, aunque el tiempo pase, la rueda de la vida dé muchas vueltas y las circunstancias personales cambien, “los hábitos correctos, virtuosos y viriles, formados en la juventud, se convertirán en parte del carácter y, por regla general, señalarán el curso del individuo por toda la vida” (*Conducción del niño*, p. 181).

¿Has sembrado la semilla del evangelio en un niño? Tarde o temprano dará un agradable fruto.

## Un muchacho está aquí

.....

*“Uno de sus discípulos, Andrés, hermano de Simón Pedro, le dijo: ‘Un muchacho está aquí que tiene cinco panes de cebada y dos peces; pero ¿qué es esto para tantos?’ ”*  
(Juan 6:8, 9).

23  
abril

Corría el mes de marzo en un hermoso lugar de la parte oriental del mar de Galilea cubierto de hierba. Las cumbres nevadas del monte Hermón cortaban al norte el horizonte, todo era bello y apacible, pero el reposo que buscaban Jesús y los discípulos pronto se terminó por la llegada de miles de personas procedentes de todas partes. Jesús estuvo atendiéndoles solícitamente todo el día, y se hizo tarde. Los discípulos pidieron al Señor que despidiera a la gente para que pudiesen comprar alimentos, pero él respondió: “Dadles vosotros de comer”. ¿Nosotros? ¡Qué ironía! ¿Cómo? ¿Con qué? Solo tenían doscientos denarios en la bolsa, lo cual era insuficiente para comprar pan para alimentar a una multitud. Entonces, apareció Andrés con un jovencito que estaba dispuesto a compartir sus cinco panes y dos peces. Aquel chico puso todo lo que tenía en las manos del Maestro. Jesús bendijo los alimentos, los partió y dio a sus discípulos para que los distribuyeran entre los asistentes. El niño fue testigo de todo el milagro. ¡Qué maravilla! Su pequeño cargamento estaba sirviendo para alimentar a más de cinco mil personas y los restos llenaron doce canastas. ¡Nada se perdió!

Sí, he aquí un muchacho que había sacado de apuros a Jesús y a los aturullados discípulos. Mucha gente piensa que los niños y jovencitos no deben ser tenidos en cuenta en los eventos importantes y mucho menos darles responsabilidades de cierta relevancia. Pero Jesús no pensaba así. Él mismo comenzó a tomar parte “en los negocios de su Padre” cuando solo tenía doce años. Realizó importantes milagros con jovencitos, bendijo a unos niños que sus madres le presentaron riñendo a los discípulos porque lo querían impedir, y en su entrada triunfal en Jerusalén, fue recibido por muchos jóvenes que le aclamaron en el templo: “¡Hosanna al Hijo de David!”, propiciando la indignación de la jerarquía sacerdotal hebrea (Mat. 21:15).

El relato de la multiplicación de los panes y los peces nos recuerda la importancia que tienen los niños y jovencitos cuando ponen en las manos de Jesús todo lo que tienen, lo que son y lo que, por providencia de Dios, pueden llegar a ser. Ya lo dijo el sabio: “Aun el muchacho es conocido por sus hechos, si su conducta es limpia y recta” (Prov. 20:11).

Tú también puedes hoy darle a Jesús lo mejor que tienes. Él lo multiplicará para bendecir las vidas de mucha gente.

## Tus hijos no andan en tus caminos

---

*“Tú has envejecido y tus hijos no andan en tus caminos;  
por tanto, danos ahora un rey que nos juzgue,  
como tienen todas las naciones”*

(1 Samuel 8:5).

Acerca del ministerio del profeta Samuel, dice Elena de White: “Desde los tiempos de Josué, jamás había sido administrado el gobierno con tanta sabiduría y éxito como durante la administración de Samuel. [...] había trabajado con infatigable y desinteresado celo por el bienestar de su pueblo y la nación había prosperado bajo su gobierno sabio” (*Patriarcas y profetas*, p. 654). Pero cuando tuvo que proveer su sucesión, se encontró con el grave problema de que sus hijos, Joel y Abías, no eran dignos de ocupar su puesto. ¿Cuál había sido la causa? Posiblemente había sido indulgente con ellos y, sin duda, su dedicación incondicional a los asuntos del pueblo le había sustraído parte del tiempo que necesitaba dedicar a la educación de sus hijos.

El éxito o el fracaso en la vida de un hombre no solo se miden por lo que hizo, sino también por lo que pudo y debió hacer, y no hizo. Los fracasos, en la vida familiar particularmente, son siempre graves y dolorosos. En el caso de Samuel, el mal testimonio de sus hijos trajo para el pueblo de Israel cambios muy importantes en su sistema de gobierno; Israel dejó de ser una teocracia para convertirse en una monarquía autocrática como las que tenían los pueblos vecinos.

La expresión “tus hijos no andan en tus caminos” debiera hacer eco en la conciencia de las familias cristianas de nuestro tiempo. Se ha constatado que existe un aumento alarmante en el número de jóvenes que abandonan la iglesia. Roger Dudley, en su libro *Why Teenagers reject religion?*, afirma: “Entre los adolescentes, el rechazo de la religión está en un nivel emocional y no en un nivel intelectual” (p. 25). ¿Les ha faltado la compañía, el consejo, la dirección de los padres? Tal vez, porque en el estilo de vida actual, los padres apenas tienen tiempo para estar con sus hijos, contribuyendo, sin quererlo, a que otras influencias funestas les hagan abandonar “el camino de sus padres”.

Para terminar, Elena de White nos advierte: “Trabajad para impedir que vuestros hijos se ahoguen en las influencias viciosas y corruptoras del mundo como si estuvieseis trabajando por vuestra propia vida. Estamos muy atrasados en el cumplimiento de nuestro deber en este importante asunto” (*Testimonios para la iglesia*, t. 6, p. 203).

Pero hay un Dios en los cielos... cuando los hijos se rebelan contra la fe que les hemos enseñado. Oremos por su salvación y acerquémonos a ellos.

## Una vida ejemplar

“Delante de las canas te levantarás y honrarás el rostro del anciano. De tu Dios tendrás temor. Yo, Jehová”  
(Levítico 19:32).

25  
abril

La residencia de ancianos Maranatha, anteriormente, fue una masía (casa de labor, con finca agrícola y ganadera, típica del noreste de España). Esta fue donada a la iglesia por la familia de la hermana Dolores Mauri, quien vivió allí hasta su muerte, a los 90 años. Acondicionada convenientemente, es hoy un centro geriátrico donde un equipo de profesionales prodiga cariño, cuidados y asistencia facultativa a personas mayores. Es un lugar providencial para ancianos adventistas y también para aquellos que no lo son.

Entre ellos, Purificación Bellido. Se graduó de maestra y matrona y ejerció como tal en instituciones públicas. Convertida a la fe adventista en tiempos de gran intolerancia religiosa, perdió su trabajo y se preparó entonces como instructora bíblica, labor que desempeñó durante cuarenta años. Purita se ocupó de grupos e iglesias, y, sin haber sido ordenada al ministerio, obligada por las circunstancias, ejerció plenamente como “pastora”, mucho antes de que la polémica de la ordenación de mujeres se debatiera en la Iglesia Adventista. Instruyó y llevó a la conversión a familias de raigambre adventista. En la Iglesia de Alcoy (Alicante), le tocó bregar con un gobernador civil de la provincia que, a toda costa, quería suspender los servicios religiosos, lo cual no pudo conseguir por la tenaz defensa de su “pastora” que, durante algún tiempo, trasladó la congregación a su casa, con riesgo de ser multada o encarcelada.

Es un verdadero logro llegar a la ancianidad. Las personas mayores merecen el respeto y reconocimiento de la iglesia. Al respecto, dice Elena de White: “Dios ha mandado especialmente que se manifieste tierno respeto hacia los ancianos. “Corona de honra es la vejez que se halla en el camino de justicia” (Prov. 16:31). Habla de batallas que se libraron y victorias que se ganaron; de responsabilidades que se asumieron y de tentaciones que se resistieron. Habla de pies cansados que se acercan al descanso, de puestos que pronto quedarán vacantes. Ayúdese a los niños a pensar en esto, y entonces allanarán el camino de los ancianos mediante su cortesía y su respeto, y añadirán gracia y belleza a sus jóvenes vidas si prestan atención a este mandato: “Delante de las canas te levantarás, y honrarás el rostro del anciano” (Lev. 19:32)” (*Consejos para la iglesia*, p. 362).

Si concoces a una persona mayor, hoy es buen día para mostrarle afecto y recordarle que hay un Dios en los cielos.

26  
abril

## Dios mira el corazón

.....

*“Pero Jehová respondió a Samuel: ‘No mires a su parecer, ni a lo grande de su estatura, porque yo lo desecho; porque Jehová no mira lo que mira el hombre, pues el hombre mira lo que está delante de sus ojos, pero Jehová mira el corazón’ ”*  
(1 Samuel 16:7).

MIl años antes de que los pastores de Belén oyeran cantar al coro angelical fueran a adorar al niño Jesús en el establo de Belén, otro pastorcillo cuidaba los rebaños de su padre en las mismas colinas de Belén.

Aquel muchacho llegó a ser el más grande de los reyes de Israel, un brillante estratega militar, un músico virtuoso, un genial compositor y poeta, ancestro de Jesús de Nazaret, un tipo del Mesías Rey, un hombre según el corazón de Dios... Pues bien, ni sus hermanos, ni su padre, ni el propio profeta Samuel habían visto en aquel muchacho rubio, de bello aspecto, de estatura normal, experto con la honda, valiente con las bestias que atacaban al ganado, otra cosa que un músico sensible y un pastorcillo responsable. Samuel se equivocó, porque al ver a Eliab, el primogénito de Isaí, muy parecido a Saúl en estatura, de porte principesco y bellas facciones, pensó que él era el elegido del cielo, pero el Señor le dijo: “No mires a su parecer, ni a lo grande de su estatura, porque yo lo desecho; porque Jehová no mira lo que mira el hombre, pues el hombre mira lo que está delante de sus ojos, pero Jehová mira el corazón”. ¿Por qué escogió Dios a David? ¿Qué vio el Señor en él? Observó su corazón.

Al respecto, Elena de White dice lo siguiente: “La sabiduría y la excelencia del carácter y de la conducta expresan la verdadera belleza del hombre; el valor intrínseco y la excelencia del corazón determinan que seamos aceptados por el Señor de los ejércitos. [...] Del error de Samuel podemos aprender cuán vana es la estima que se basa en la hermosura del rostro o la nobleza de la estatura. Podemos ver cuán incapaz es la sabiduría del hombre para comprender los secretos del corazón o los consejos de Dios, sin una iluminación especial del cielo” (*Patriarcas y profetas*, p. 626).

Aunque el profeta realizó en secreto la ceremonia del unguimiento y el joven pastor volvió a las colinas con los ganados de su padre, para David fue el anuncio del destino sagrado que le esperaba, por eso decidió ser siempre fiel al propósito de Dios. Todo eso vio la Providencia en el corazón de David.

Recuerda hoy que Dios observa tu corazón. El carácter es lo que único que llevarás al cielo.

## ¡Dadme un hombre que pelee conmigo!

*“Hoy yo he desafiado –añadió el filisteo– al campamento de Israel; dadme un hombre que pelee conmigo”*

(1 Samuel 17:10).

27  
abril

Se dice que el filósofo griego Diógenes vivía en un tonel, solo tenía un palo, una Salforja y una escudilla e iba siempre descalzo. Se cuenta que, a plena luz del día, lo vieron por las calles de Atenas con una lámpara encendida en la mano. Cuando le preguntaron: “Diógenes, ¿a quién buscas?”, él respondió: “Busco un hombre”.

Goliat también buscaba un hombre que pelease con él. El guerrero filisteo iba bien pertrechado, tenía amplia experiencia en la guerra y estaba seguro de su victoria. Así que, durante cuarenta días estuvo desafiando al ejército de Israel para que alguien luchase con él cuerpo a cuerpo. Entre los hebreos nadie estaba dispuesto a correr un riesgo tan alto. Saúl se recluyó en su tienda sin saber qué hacer. ¿Quién podría estar dispuesto a combatir contra el gigante? Ese hombre fue el joven David. Aparentemente, Goliat era muy superior a David, pero el chico tenía virtudes muy valiosas para obtener una verdadera conquista:

1. *Era espiritual*, porque interpretó aquella situación crítica como un desafío al Dios del cielo.
2. *No adoptó una actitud crítica* frente a la cobardía de los líderes.
3. *No quedó indiferente ante aquel desafío*. Estaba dispuesto a pelear.
4. *Había sido ungido por el profeta Samuel* y estaba convencido de que tenía una misión que cumplir.
5. *Tenía convicciones religiosas profundas* y sabía de quién dependía la victoria.
6. Era un joven *experimentado en afrontar peligros*.
7. *Conocía cuáles eran sus armas* y peleó con aquella que mejor dominaba.
8. *No improvisó su estrategia*. Trazó un plan que, con la ayuda de Dios, podía darle la victoria.
9. *No actuó con arrogancia* después de la victoria.

La iglesia y el mundo necesitan hoy hombres como David, dispuestos a pelear con los nuevos gigantes de este tiempo que retan al pueblo de Dios. Elena de White dice: “La mayor necesidad del mundo es la de hombres que no se vendan ni se compren; hombres que sean sinceros y honrados en lo más íntimo de sus almas; hombres que no teman dar al pecado el nombre que le corresponde; hombres cuya conciencia sea tan leal al deber como la brújula al polo; hombres que se mantengan de parte de la justicia aunque se desplomen los cielos” (*La educación*, p. 54).

¿Estás listo para enfrentar a tus gigantes este día? No temas a la batalla. No estás solo. Dios está a tu lado.

## David con la armadura de Saúl

---

*“Saúl vistió a David con sus ropas, puso sobre su cabeza un casco de bronce y lo cubrió con una coraza. Ciñó David la espada sobre sus vestidos y probó a andar, porque nunca había hecho la prueba. Y dijo David a Saúl: ‘No puedo andar con esto, pues nunca lo practiqué’. Entonces David se quitó aquellas cosas”*  
(1 Samuel 17:38, 39).

El episodio de la victoria de David contra Goliat está cuajado de lecciones espirituales y morales evidentes. Quisiera resaltar aquí sus palabras y actitudes con el rey Saúl. El texto bíblico establece contrastes muy significativos entre David y Saúl que creo merece la pena comentar.

No fue frecuente en las guerras de Israel que, cuando las batallas se prolongaban o el cerco a las ciudades no las rendían, la contienda se dirimiera mediante un combate de dos paladines, representantes de cada uno de los ejércitos. ¿Quién debía ser el paladín israelita que saliese a pelear contra Goliat? ¿A qué valiente del ejército de Israel le correspondía limpiar el oprobio lanzado por el filisteo? Durante cuarenta días nadie respondió. En realidad, el contrincante debía ser el rey Saúl, él también era muy alto, además, tenía una armadura, era un militar experimentado y había obtenido victorias importantes con Israel. Pero en aquel momento el monarca no estaba dispuesto a enfrentarse a Goliat porque tenía el espíritu quebrantado y la conciencia turbada.

Entonces apareció en el frente de batalla David, precisamente cuando el gigante estaba desafiando a Israel. David se sintió ofendido por aquel desafío, manifestó su desdén por el filisteo y no se acobardó ante su estatura ni su armadura ni sus palabras, al contrario, tranquilizó el ánimo de todos y dijo al rey: “Tu siervo irá y peleará contra este filisteo” (1 Sam. 17:32). ¡Qué tremendo contraste! Un humilde pastorcillo animando al rey de Israel, aceptando el reto que solo correspondía a Saúl.

Aunque el rey dudó de que aquel jovencito pudiese vencer al gigante, aceptó su ofrecimiento para salvar su propia vida y reputación, lo vistió con su armadura, le dio sus armas y lo envió al combate. Saúl confiaba en su armadura pero David depositaba su esperanza en su Dios y se sentía más seguro peleando con las armas que sabía manejar, con las que también él era un experto. Por eso, se quitó la armadura de Saúl. En realidad, Dios ha dado a cada ser humano sus propias armas para derrotar gigantes. Nadie necesita colocarse la armadura de otro.

Pide a Dios que te ayude a usar las armas con las que él te ha dotado para ser un triunfador.

## Cinco piedras lisas del arroyo

29  
abril

*“Luego tomó en la mano su cayado y escogió cinco piedras lisas del arroyo, las puso en el saco pastoril, en el zurrón que traía, y con su honda en la mano se acercó al filisteo”*

(1 Samuel 17:40).

En el pueblo de Israel llegó a haber guerreros que usaban la honda con gran habilidad, incluso se cuenta de algunos honderos zurdos capaces darle a un cabello sin errar (Juec. 20:16). La Biblia dice que David escogió cuidadosamente cinco piedras para enfrentarse al gigante. La selección de las piedras era muy importante para los honderos, por eso buscaban las más duras, alisadas, aerodinámicas y con el peso apropiado. Si se lanzaban desde una distancia conveniente, ni muy cerca ni muy lejos, podían ser letales, según la parte del cuerpo donde impactaran. Pero ¿qué representaban las cinco piedras que David metió en su zurrón? Esas cinco piedras son otras tantas armas espirituales que debemos usar en la lucha contra el mal:

1. *La piedra de la fe.* David dijo al filisteo: “Tú vienes contra mí con espada, lanza y jabalina; pero yo voy contra ti en el nombre de Jehová de los ejércitos, el Dios de los escuadrones de Israel, a quien tú has provocado” (1 Sam. 17:45).
2. *La piedra del amor al pueblo de Dios.* Cuando David escuchó las palabras de Goliat desafiando al ejército israelita, con indignación dijo: “¿Quién es este filisteo incircunciso para que provoque a los escuadrones del Dios viviente?” (1 Sam. 17:26).
3. *La piedra del arrojo y del valor.* Llevado ante el amedrentado rey Saúl, David le aseguró sin temblarle las piernas: “Que nadie se desanime a causa de ese; tu siervo irá y peleará contra este filisteo” (1 Sam. 17:32).
4. *La piedra de la prevención y prudencia.* Pero ni la fe ni el valor de David fueron temerarios. Él se proveyó de cinco piedras, por si fallaba con las primeras, evitó el cuerpo a cuerpo y, cuando vio que Goliat retiraba el yelmo de su cabeza, tiró a la frente del gigante, su punto más vulnerable. Y acertó.
5. *La piedra de la destreza y la experiencia.* David había vencido osos y leones con la misma honda. Tenía muy buena puntería y acertó a clavar la primera piedra en la frente del gigante.

Sí, son las piedras de la fe, el amor, el valor, la prudencia y la destreza. Y cada vez que las usemos para enfrentar a los gigantes de nuestro tiempo, seremos testigos de que hay un Dios en los cielos.

30  
abril

## ¡Tú eres ese hombre!

*“Se encendió el furor de David violentamente contra aquel hombre, y dijo a Natán: ‘¡Vive Jehová, que es digno de muerte el que tal hizo! Debe pagar cuatro veces el valor de la cordera, por haber hecho semejante cosa y no mostrar misericordia’. Entonces dijo Natán a David: ‘Tú eres ese hombre’”*  
(2 Samuel 12:5-7).

El Salmo 19 fue una de las porciones de las Escrituras que aprendí de memoria en las Clases Progresivas, cuando tenía doce años. Hoy, más de sesenta años después, la verdad es que todavía soy capaz de recitarlo con admiración: “Los cielos cuentan la gloria de Dios y el firmamento anuncia la obra de sus manos”. Pero había una frase en el Salmo 19 que no entendí hasta que fui pastor: “¿Quién puede discernir sus propios errores? Líbrame de los que me son ocultos”. ¿Cometemos errores que no conocemos? ¿Podemos ser responsables de los pecados ocultos que se producen sin que tengamos plena conciencia de ello? ¿De qué está hablando el salmista?

Desconocemos la fecha exacta en que fueron escritos ciertos salmos, pero el 19 bien pudo redactarse tras la visita que el profeta Natán hizo al rey para denunciarle su grave pecado en el caso de Urías, cuya esposa, Betsabé, había tomado David, ordenando después que el soldado muriera en el campo de batalla. El sabio profeta contó al rey una parábola: un hombre rico que tenía muchas ovejas para obsequiar y agasajar a un visitante se había apoderado de la única cordera de un ciudadano pobre a la cual este cuidaba con mucho cariño. Al escuchar el rey semejante injusticia y atropello, reaccionó con gran furia y condenó al agraviador como alguien digno de muerte. Entonces, hubo un momento de silencio y el profeta, señalando con su dedo al monarca, le acusó: “¡Tú eres ese hombre!”

No siempre nos damos cuenta de lo estamos haciendo. El pecado genera una especie de obnubilación de la conciencia. Los pecados ocultos resultan de tendencias internas incontroladas; son los pecados de costumbre, aquellos que, siendo graves, nuestra acomodaticia conciencia los trata con enorme permisividad; pecados que justificamos cuando son nuestros porque tenemos un velo en los ojos que nos impide reconocerlos, pero que juzgamos con extremada dureza cuando son yerros ajenos. David comprendió al profeta y se arrepintió amargamente de aquel pecado cuya aspereza y malignidad habían quedado mitigadas ante sí mismo, pero no ante el juicio de Dios.

Pide a Dios que te ayude a ser consciente de tus pecados ocultos y arrepíntete de ellos. En Jesús encontrarás perdón. Entonces, tendrás poder para enfrentar los desafíos que la vida te depara.